



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	005: TRAYECTORIA ACADÉMICA
CAJA	013
EXP.	129
DOC	0001
FOJAS	7
FECHA (S)	1995

Dr. Humberto Martínez Córd.
De la Universidad Dra. Díaz, de

Sr. Rector Dr. José Sarukhán, Mtra. Rita Eder, Directora del Instituto de Investigaciones Estéticas, colegas universitarios, amigos y amigas que nos acompañan:

Cuando la Directora del Instituto, la maestra Rita Eder, me solicitó que dijera algunas palabras con motivo de la ceremonia, que habría de conmemorar el 60 aniversario de la Fundación del **Laboratorio de Arte**, que poco después cambió su nombre al que ahora le da fama : el de **Instituto de Investigaciones Estéticas**, pensé que, acaso, no podría añadir nada a lo que expresé cuando, en mi calidad de directora, me correspondió celebrar el quincuagésimo aniversario de esta inigualable institución.

Al volver a considerar el asunto, se me agolparon muchas memorias. Quiero compartir con ustedes, algunas, tan sólo, porque no tendría tiempo para extenderme en los recuerdos. Son parte mínima de la historia no escrita, de la historia oral ahora tan estimada en nuestros quehaceres historiográficos. Son, a la vez, componente primordial de las metas de mi vida. Por ello, se trata de memorias personales.

Comenzaré por decir algo en relación a mi voluntad de ser parte del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Y me refiero a la doble vertiente del "ser parte", que es al mismo tiempo pertenecer y poseer. El Instituto me dió vida académica, ello implica apoyo permanente para la investigación, la docencia, y la difusión del conocimiento, Yo, a la vez lo he reforzado con ánimo renovado de superación. Por ello hablo, con legitimidad, de mi Instituto. Lo he dicho en otro lado, se trata de mi casa académica; la que de suyo me ha brindado la Universidad.

Hace más de treinta años que le pertenezco y que me pertenece; sus logros son los míos; los males, que a veces le aquejan, corren por mi cuerpo; su sabia fecunda me enaltece.

Estéticas es ejemplo de los principios universitarios: alcanzar el conocimiento por medio de la investigación, compartirlo a través de la docencia, y proyectarlo en la difusión.

Todos los académicos que lo integramos, hemos llevado a cabo, en una forma o en otra, esas actividades sustantivas de la Universidad.

Quiero ahora hacer, como antes dije, un ejercicio de memoria verbal, como un modo de historiar ciertos momentos radicales, de cuatro historiadores del arte íntimamente vinculados con el Instituto y que suscitaron en mí, el deseo de incorporarme y de incorporar mi vida académica y profesional, al Instituto.

Fue, acaso, entre 1961 y 1962, cuando Raúl Flores Guerrero, me dió clase de Arte Prehispánico en la Universidad Iberoamericana. Encarnaba al primer estudioso del arte prehispánico con el cual tuve contacto personal; él, joven investigador de Estéticas, se fascinaba con los logros artísticos de nuestros remotos antepasados, y hacía lo imposible para dar, en su esforzada clase, una versión de los hechos artísticos precolombinos. Hubo una suerte de competencia entre el maestro y yo, la alumna avanzada; reconozco que su conocimiento y su sensibilidad me aventajaban en mucho, y que fue un modelo no esperado, ni establecido, acerca de las posibilidades teóricas y metodológicas para aproximarse al arte precolombino. De la relación maestro-amigo, me quedó claro que sólo al conocer nuestro pasado, podíamos confrontar nuestra realidad presente y futura. En modo alguno dejó fuera los siglos de historia colonial, ni la del no ha mucho terminado siglo decimonónico, ni del arte más moderno y contemporáneo, ahora en las vísperas del siglo XXI, por el respeto que tan multivariadas expresiones me suscitan. Quiero señalar un hecho que definió en mi, una manera de acercarme al arte de nuestro pasado primigenio: tener la certeza -en la medida en que la verdad es posible- del apoyo sustantivo en las metodologías adecuadas para gustar con hondura de las formas; comprender los códigos; apreciar cabalmente las

implicaciones religiosas, políticas, sociales, e históricas. Todo lo antes dicho en el proceso por entender su significado radical.

Raúl, investigador de éste Instituto cuyo aniversario conmemoramos, fue factor primordial en el quehacer al cual he dedicado mi vida profesional.

El me condujo, -nunca olvidaré- con la solemnidad del caso, a la oficina de Justino Fernández, el director del que, yo no sabía, iba a ser mi Instituto, mi casa en la Universidad.

A partir de ese momento la vida me cambió. El Dr. Fernández me preguntó si era yo casada, yo contesté de modo afirmativo sin esperar la siguiente pregunta que se me presentó inesperadamente: ¿era yo bien casada?; a la fecha no sé a que se refería, pero quiero suponer que la amistad de años, conmigo y con mi marido, satisfizo plenamente su inquietud. El otro asunto acerca del cual me cuestionó era, si me interesaría investigar en el Instituto en el campo del Arte Prehispánico. Me señaló, asimismo, que ese compromiso había quedado desierto desde el mortal accidente aéreo de Salvador Toscano. Mi respuesta fue, desde luego, afirmativa, y si tuviera que hacerlo, la refrendaría, con el mismo entusiasmo y devoción, ahora después de tener más de treinta años en el Instituto de Investigaciones Estéticas.

Mi primera obligación, como flamante investigadora del Instituto, fue poner al día, el libro, clásico, de Salvador Toscano: **Arte Precolombino de México y de la América Central**. La primera edición se publicó en 1944, la tercera reedición, puesta al día, en 1970, la hice yo. Me parecía que sería una obra útil para los alumnos interesados en el campo, tener acceso actualizado a un texto primordial. Conviene, ahora, me parece, renovarlo una vez más. Sin embargo, y a pesar de su rezago, éste y los otros dos que componen la trilogía clásica del arte mexicano: el de Manuel Toussaint acerca del **Arte Colonial** y el de Justino Fernández sobre el **Arte Moderno y Contemporáneo**, fueron el sustento de ésta institución al afincar hondamente sus raíces y así, fundar en la universidad, mediante forma, metodología e

investigación, a las distintas disciplinas que inquietan sobre el arte mexicano. En ello, en la variedad de estudios sobre las diferentes artes de nuestro país, se ancla su presencia primordial.

No conocí a Toscano, su viuda me dió acceso a notas varias y personales, que me ayudaron a verter la información de lo que él sabía y que no le alcanzó el tiempo para comunicarlo. Yo ocupé, simbólicamente, en el Instituto de Investigaciones Estéticas dos lugares, el de Salvador Toscano -muerto en 1949- y el de Raúl Flores Guerrero, fallecido en Nueva York en 1960, cuando tenía escasos treinta años.

El Dr. Justino Fernández, mi queridísimo Justino, maestro, consejero, amigo entrañable, me dejó, entre otras muchas, muchísimas lecciones, la de hacer lo posible por entender lo que es y lo que comunica la obra de arte. La lección no se circunscribió en atender a las formas, sino buscar, para encontrar que éstas mismas revelan profundo e inigualable significado, que expresa tanto el tiempo, la cultura, el espacio, y el rumbo en que se produjeron.

Justino, como habré de olvidar sus afectuosos comentarios acerca de los "monos figurosos" -entiéndase las representaciones plásticas precolombinas- a las cuales dedicábamos nuestro mejor esfuerzo de comprensión mi amiga, única e irremplazable, Marta Foncerrada, y yo. Con ella y conmigo, después de los años de ausencia de historiar el universo del arte precolombino, debido a la muerte de Toscano y de Flores Guerrero, el Instituto estableció un nuevo frente: incorporar de manera definitiva como arte, el creado por los pueblos que habitaban América antes de la conquista, el de los que constituían el universo precolombino. Gracias a las enseñanzas de Justino Fernández, el arte prehispánico ocupa un lugar con derecho propio, con sus leyes representacionales, con sus temas, con su lenguaje propio, a la vez formal e iconográfico. Escasas son, ya que se veía mayormente

atraído por otros hechos artísticos más recientes, las búsquedas de Justino Fernández para entender las causas, las formas, y los temas del arte precolombino. Revelan, sin embargo, su profunda admiración hacia un lenguaje plástico único a la vez que universal, lenguaje al cual los historiadores del arte tenían el compromiso por comprender su código esencial. Baste recordar su **Coatlicue, Estética del arte indígena antiguo**, para comprobar con justicia lo antes dicho.

Mi cercanía con don Justino, y con Estéticas, indicaba ya la relación profesional, afectiva, íntima, que habría de surgir, con intensidad, en los años subsecuentes. Ahí, en el seno de esta profunda relación se inició un proceso de respeto y de admiración, de consideración académica y profesional, que habría de ser el primer y más estable amarre entre el Instituto y yo. La figura del Dr. Fernández fue, para mí, en cuanto a su presencia académica, la de un Instituto vigoroso y sólidamente afincado en la Universidad. Tal imagen institucional me cautivó por su sapiencia y honestidad. A estos mismos principios empeño, hoy día, mis esfuerzos y mi lealtad.

Maestro, amigo, y siempre felizmente recordado fue Francisco de la Maza: su abierta disposición a la amistad, me permitió llamarle Paco.

Quiero hacer memoria de dos acciones tuyas que me dejaron huella en lo personal, y que lo muestran, en otra dimensión, como indiscutible humanista. Esta última se refiere a sus clases magistrales: al modo de enseñar a ver como el hombre sensible y material y trascendente a la vez, se advierte en, por ejemplo, las manos del David de Miguel Angel. La otra, revelaba la inquietud por inquirir sobre las posibilidades de un estado de vigilia-sueño que podría equilibrar la realidad virtual con la real. Paco ha sido el mejor ejemplo del maestro que se vierte en el ejercicio docente, gracias a su añorada sensibilidad pudo comunicar lo que no es fácil decir racionalmente. Ello es, sin

embargo, sustantivo a la obra de arte. Uno comprendía, con las enseñanzas de Paco que eso: el objeto de arte, es algo tan nuclear al modo natural de comunicación del hombre, que es sumamente difícil trasladarlo a otro sistema de comunicación; es decir al sistema literario. Este puede ser paralelo, pero no es convergente.

Justino Fernández y Paco de la Maza fallecieron en 1972, Salvador Toscano y Raúl Flores Guerrero había muerto anteriormente; ellos me alimentaron, y me enseñaron, sin hacerlo explícito, las obligaciones humanas que me ligan con la Universidad Nacional Autónoma de México a través del Instituto de Investigaciones Estéticas.

Mi intervención en este acto recordatorio no podía haber sido otra que la de comunicar a ustedes, señor rector, señora directora, colegas y amigos del Instituto al que pertenezco, algunas de mis memorias de los hechos ocurridos en los tiempos de mi incorporación a esta institución universitaria que otorga orgullo y fama a la academia mexicana.

Habré de decir como palabras finales que las instituciones, como la vida misma, están sujetas a las leyes del cambio. Sólo queda algo de las memorias antes descritas; el Instituto de Investigaciones Estéticas es, en esencia, el mismo. Las demandas académicas actuales lo han transformado en su estructura productiva.

Como institución que recoge el estudio de los múltiples rostros del quehacer artístico, es único en el mundo. Ciertamente reconocido universalmente por ese rasgo de unicidad, el Instituto ha mostrado no sólo su carácter original sino su capacidad de organizar eventos inigualables de carácter internacional.

El Instituto, en consecuencia, ha cumplido, con creces, con algunas de las expectativas de los miembros que le dieron sustento académico en sus primeras cuatro décadas. Ahora, con propuestas, programas, y técnica siempre actualizada, mi Instituto se coloca en la vanguardia de los estudios; en constante

renovación de las multivariadas posibilidades de aproximación a los hechos plurales de las artes visuales.

Las memorias personales son un momento, casi fugaz, de la historia verbal. Ahora, en su justo homenaje quise recordar, en éste tono, a quiénes me enseñaron y me dieron conciencia de pertenencia y de posesión, a algunos, para mí, notables que edificaron el Instituto de Investigaciones Estéticas.

Gracias por su atención

Beatriz de la Fuente
Ciudad Universitaria, a 5 de diciembre de 1995.